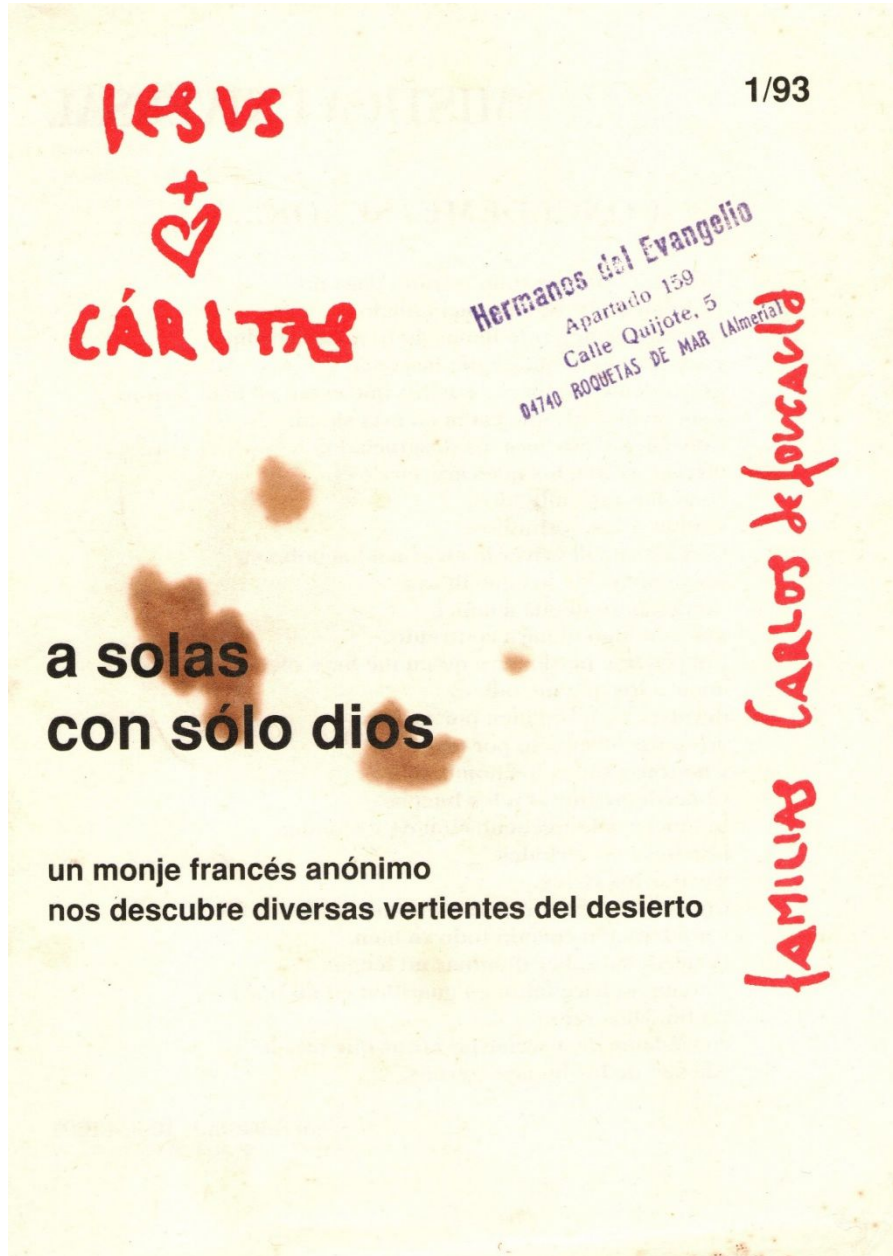


Portada.

A solas con sólo Dios.

Desierto.

Índice



SUMARIO

"A solas con sólo Dios"

Un monje francés anónimo nos descubre diversas vertientes del desierto

Editorial: En el desierto le hablaré al corazón.....	3
Capítulo 1º: El desierto del éxodo, ausencia del mundo.....	6
Capítulo 2º: El desierto de Juan Bautista: bajo el techo de Cristo.....	12
Capítulo 3º: El desierto de Jesús: los combates del desierto.....	18
Capítulo 4º: El desierto de Magdalena: la compunción.....	24
Capítulo 5º: El desierto de San Pablo: el descubrimiento de Cristo.....	30
Capítulo 6º: El desierto de la noche: el crisol del desierto.....	36

NOTICIAS Y COMUNICACION:

- Marcha por el territorio y la dignidad en Bolivia.....	42
- Situación actual de los hermanos del Evangelio.....	43
- Testimonio de una hermanita de Jesús de 87 años.....	44
- El Pentecostés de Sodalidad.....	44
- Carta del Equipo Parroquial de La Garnacha (Nicaragua).....	45

MISTICA UNIVERSAL:

- Concédeme, Señor... San Anselmo

UN LIBRO, UN AMIGO:

- "Tu amor arrastra", de Carlo Carreto

ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:

Avda. de la Paz, esc. 15, 2º, pta. 4ª
30120 EL PALMAR (MURCIA)
- ESPAÑA -

MISTICA UNIVERSAL

CONCEDEME, SEÑOR...

Dios mío, tú eres todo ternura para mí.
Te lo pido por tu Hijo bienamado:
concédeme dejarme llenar de tu misericordia
y amar todo lo que tú me inspiras.
Concédeme compartir con los que están en la aflicción
y socorrer a los que están en necesidad.
Concédeme aliviar a los desgraciados,
ofrecer asilo a los que carecen de él,
consolar a los afligidos,
animar a los oprimidos.
Concédeme devolver la alegría a los pobres,
ser el apoyo de los que lloran,
perdonar su deuda a aquel
que conmigo la haya contraído.
Concédeme perdonar a quien me haya ofendido,
amar a los que me odien,
devolver siembre bien por mal,
no sentir desprecio por nadie
y honrar a todos los hombres.
Concédeme imitar a los buenos,
renunciar a la frecuentación de los malos
practicar las virtudes
y evitar los vicios.
Concédeme, Señor, paciencia cuando todo va mal
y moderación cuando todo va bien.
Concédeme saber dominar mi lengua
y poner, si hace falta, un guardián en mi boca.
En fin, Dios mío,
concédeme despreciar las cosas que pasan
y la sed de los bienes eternos.

San Anselmo (1033-1109)

"IESUS CÁRITAS"

Boletín bimestral

Asociación C.

Familias Carlos de Foucauld

Enero-Febrero 1993

Epoca VII - Nº 88

a solas con sólo dios

**un monje francés anónimo
nos descubre diversas vertientes del desierto**

**Ilustraciones de Carme Solé Vendrell
en La Biblia de Ediciones Destino.**



Padre mío,
me abandono a Ti.

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí te lo agradezco,
estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo.

Con tal que Tu voluntad se haga en mí
y en todas Tus criaturas,
no deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi vida en Tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí amarte es darme,
entregarme en Tus manos sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

fr. Charles de Jesus

INDICE

Portada	1
A solas con sólo Dios.	1
Desierto.	1
Índice	1
.....	1
Editorial	7
Desierto.	7
EDITORIAL	7
"En el desierto, le hablaré al corazón"	7
1/ El desierto del éxodo, ausencia del mundo.	8
Desierto.	8
Capítulo I	8
El desierto del éxodo, ausencia del mundo.	8
2/ El desierto de J Bautista: bajo el techo de Cristo.	10
Desierto.	10
Capítulo II	10
El desierto de Juan Bautista: bajo el techo de Cristo.	10
3/ El desierto de Jesús: los combates del desierto.	12
Desierto.	12
4/ El desierto de Magdalena: la compunción.	15
Desierto.	15
5/ El desierto de San Pablo: el descubrimiento de Cristo.	18
Desierto.	18
6/ El desierto de la noche: el crisol del desierto.	20
Desierto.	20
Noticias. Comunicación	23

Editorial.

Desierto.

EDITORIAL

"En el desierto, le hablaré al corazón"

Uno de los grandes descubrimientos de los últimos tiempos es la urgencia de espacios verdes en las grandes ciudades. Sin ellos, la ciudad queda contaminada y el vivir sanamente en ella se hace muy difícil.

Los espacios verdes del creyente son los tiempos de desierto. Son espacios imprescindibles. Sin ellos, la vida creyente va quedando contaminada por mil egoísmos y se hace cada vez más difícil vivir desde el amor sano y pleno que nos pide Jesús.

Tiempos de desierto son aquellos que vivimos a solas con sólo Dios. Son los espacios de nuestra vida dedicados exclusivamente al encuentro y a la comunicación con Él.

Los necesita Dios para determinadas comunicaciones con nosotros y los necesitamos nosotros para vivir especiales intensidades en el amor con Él. "Voy a seducirla; La llevaré al desierto y le hablaré al corazón... y ella responderá allí como en los días de su juventud... y Yo me desposaré con ella para siempre..." (Oseas 2,16—22).

El desierto es un tiempo en que Dios hace una siembra especial en nuestra tierra poniendo palabras especiales que no se pueden sembrar si no existe un clímax muy adecuado.

Los tiempos de desierto son los tiempos fuertes del amor. Tiempos en los que Dios nos dice entrañablemente: "¡Pueblo mío!" y nosotros le respondemos con ternura: "¡Mi Dios!". ¡Cómo necesita el que ama estos momentos intensos de amor...!

El desierto es un tiempo fuerte de oración. Desde el pequeño espacio diario de encuentro orante hasta el puñado (p. 3) de días que necesitamos, de vez en cuando, para estar a solas en oración con Él. Todo tiempo de oración es un espacio de desierto, vivido desde el amor.

A veces, la necesidad del desierto nace de nosotros; otras es Él quien nos empuja al desierto sin que podamos saber a dónde nos puede conducir esa llamada a la soledad.

También, cada experiencia de desierto tiene sus matices propios. Unas veces será preparación para la misión evangelizadora; otras, espera adecuada a la venida del Señor. El llanto por nuestros pecados puede ser, otras veces, el motivo, y la alabanza o

la acción de gracias nos hará necesitar el desierto en otros momentos.

Cada experiencia de desierto es distinta a la anterior. El amor nunca se repite y estrena siempre tonos nuevos, adecuados al momento que se vive.

Tampoco son iguales todos los momentos del día para vivir en intensidad desde el amor, ni todas las épocas del año. Cada uno sabemos qué tiempos son los más propicios para encontrarnos con el Señor. Para unos, la noche será el tiempo mejor para la cercanía de Dios; otros lo encontrarán en la madrugada o al amanecer o en el centro del día. Para unos, el otoño será tiempo muy adecuado para hacer un retiro; otros lo viven mejor en tiempos de verano, cuando las cosechas ya han sido recogidas. Aunque en esta ciudad industrial, tecnificada y cronometrada en la que vivimos hemos de encontrar nuestros espacios de desierto, no desde nuestras tendencias naturales personales, sino entre los horarios ajustados, los días de libranza y las vacaciones cuando nos tocan.

Eso sí, necesitamos el desierto, encontrado de una forma u otra, para no caer en la desarmonía espiritual y, sobre todo, para no quedar sin jugo en el camino del amor.

En este Boletín os ofrecemos seis capítulos de un precioso librito, agotado en castellano, titulado "El Eremitorio". Están escritos por un monje anónimo que "sabe" de desierto. Son una joya espiritual que os hará disfrutar.

Son seis toques diversos de la única experiencia bíblica del desierto, presentados desde los diversos personajes bíblicos que vivieron esta experiencia: el pueblo de Israel, Juan Bautista, María Magdalena, S. Pablo y, sobre todo, Jesús. Seis vertientes fundamentales en los tiempos de desierto.

Para quienes nos inspiramos en la vida del "ermitaño del Sahara" que vivió tantos años en desierto serán un estímulo para ser fieles a nuestros tiempos de desierto, imprescindibles para estar presentes donde a cada uno nos toca, con un corazón limpio, desinteresado y repleto de amistad. (p.4)

1/ El desierto del éxodo, ausencia del mundo.

Desierto.

Capítulo I

El desierto del éxodo, ausencia del mundo.

“Condujo a su pueblo por el desierto, porque es eterna su misericordia” (Sal 13, 16)

La entrada en el desierto es siempre un momento solemne. Abandonas el ambiente normal de las relaciones sociales por la incógnita de la soledad. Se empieza por desgarramientos, rupturas, tal vez repudiaciones. No se lleva a cabo sin lágrimas esa universal y definitiva repulsa de cuanto nos era más querido.

Lo suyo les costó a los hebreos dejar Egipto, y lo lamentaron por mucho tiempo. Eso, que salían en familia. A ti se te pide la fe y el valor de Abrahán: “Salta de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, para la tierra que Yo te indicaré... Abrahán se marchó conforme le había dicho Yahvé” (Gén 12, 1-4).

No se lee que vacilara o le pesara. Échalo todo por la borda, y pronto. Los miramientos, los aplazamientos sólo harán que sean más costosos unos sacrificios que un día tendrás que aceptar, so pena de nunca ser ermitaño y no poder perseverar. El Dios que te llama a esas renunciaciones será tu fortaleza. Hizo salir a los judíos de Egipto “in manu forti”.

“Dios no desata, arranca; no doblega, rompe; más que separar, rasga y devasta todo”, así habla Bossuet en el segundo sermón de La Asunción. Más tarde entenderás esta palabra de Dios: “Vosotros mismos habéis visto... cómo os he llevado en alas de águila y os he traído a mí” (Ex 19,4).

No le tomes el peso a tu cruz; se te caería el alma a los pies. Fíate del que, por amor, te recibe tal como eres, sin hacer caso de tu indignidad, y dice: “Voy a seducirle, le llevaré al desierto y le hablaré al corazón...” (Os 2,16-18).

El desierto, al mismo tiempo, fascina y aterriza. Es la tierra de la gran soledad, y el hombre, por instinto, teme el cara a cara consigo mismo. El ermitaño es un separado efectivo. La esencia del desierto es la ausencia del hombre; el desierto puro no tolera ni la vida. El mar de arena, al igual que la cima helada de los montes, es la naturaleza virgen, tal como salió de las manos del Creador, sobre la cual parece posarse aún el Espíritu de Dios que se cernía sobre las aguas al comienzo del mundo (Gén 1,2). Las almas ricas sienten el hechizo de esa virginidad del paisaje. El desierto es puro y purifica; donde no está el hombre (p.6), tampoco está el pecado ni el ruido de los negocios terrenales.

La soledad te resultará buena, pero su austeridad te dará en rostro. Dios mismo defiende el desierto: “Tierra

de arenales y barrancos, tierra árida tenebrosa, tierra por donde no transita nadie ni fija su morada” (Jer 2,6).

Emparedado dentro de ti mismo, habrá horas en que sentirás la nostalgia de los intercambios humanos, y el desierto te parecerá horriblemente vacío y absurdo. No has venido en plan de turista; acampas en él como un nómada, sin esperanza de regreso. En esos “combates del Desierto” de que habla San Benito, apenas si tendrás más apoyo valedero que el de Dios, aun cuando aparente desentenderse. Alguien ha descrito:

“El Desierto no sostiene al débil, lo aplasta. El que gusta del esfuerzo y la lucha, ese puede sobrevivir” (P. de Foucauld).

Es la verdad, y da que pensar. Tendrás que aprender a resolver tú sólo tus problemas, y solamente te quedará una seguridad: la fe bien templada: Ojalá puedas ser, merced a una oración humilde, de esos atletas “capaces, con la ayuda de Dios, de arrostrar con el solo vigor de tus manos y brazos la lucha contra los vicios de la carne y del espíritu” (Regla de San Benito).

Te gustaba la soledad como descanso, para tomarte un respiro en medio de quehaceres aguantados por el afán de vivir y agujoneados por la necesidad de producir. En adelante, la soledad es tu medio vital, y nadie espera ya el fruto de tu actividad. Único recurso que te queda: derramar sin utilidad aparente sobre los pies de Jesús el precioso perfume de tus capacidades humanas. Si consientes en ello, tu recompensa será espléndida.

Defiende los accesos de tu desierto. ¿De qué te serviría la clausura si dejas a los hombres que te la invadan con la prensa, la correspondencia, las visitas? No olvides que la ausencia del hombre es su característica esencial.

Para ti, el desierto no es un marco, es un estado de alma. Esa es su dificultad radical. El centro de la soledad eres tú, en quien la referida ausencia del hombre y de sus vanidades crea una primera zona de silencio. En la estepa sólo se oye un ruido: el gemir del viento. Un refrán árabe dice que es el desierto que llora porque querría ser pradera. Es tu caso, tierra árida y sin agua que suplica al Señor haga llover su rocío. Fuera del soplo del Espíritu nada se ha de oír. No te dé por poblar ese silencio con recuerdos, imágenes del pasado, curiosidades o distracciones mundanas, sucedáneos de la vida en sociedad. El desierto no

admite componendas: con fuerza brutal obliga a escoger; es la pista inhóspita, el incesante ir adelante con el equipaje más ligero posible o la muerte. No brinda ni consiente nada que divierta. Lo perderías todo; el diletante mataría al contemplativo. Pronto la tosca monotonía del eremitorio acabaría por cansarte, y el atractivo del mundo, por (p. 7) ser tu tormento. Languidecerías, como un desarraigado, de sed maligna. Dos veces desdichado, te verías privado del objeto de tus deseos y Dios te dejaría de lado. Sin duda, el desierto es el país de la sed. Lo mismo que a Agar (Gén 21), lo mismo que a Elías camino del Horeb (1 Re 19), te ocurrirá pensar que es mejor morirte. No vuelvas atrás, Dios te sustentará.

Esa incomunicación no es cosa fácil; entrenándote con dura ascesis es como llegarás a levantar ese antemural del silencio.

Persevera, trabaja por reducir todas tus facultades a la unidad, a la simplicidad del silencio. No pasará mucho tiempo sin que Dios te visite. Se presentó a Elías en el Horeb al filo de un silencio tal que se hubiese oído el susurro de la más leve brisa. Cuando el Señor quiere levantar un alma, hasta la contemplación le exige el silencio el silencio de todas las facultades y que sólo cuente con Él. En cuanto a ti, no te ocupes ya de ti mismo. Cuando des oídos sordos a las quejas de la naturaleza, cuando niegues audiencia a toda inquietud, a todo deseo que no sea del amor, cuando seas indiferente sobre tu suerte terrestre, cuando ya casi no pienses de ti ni en bien ni en mal, y no te importe un ardite el juicio de los hombres; cuando, en una palabra, estés habitualmente olvidado de ti mismo, entonces habrás penetrado en el Sancta Sanctorum del silencio, el recinto inolvidable del alma donde Dios reside y te convida. De ti como de Moisés dirá: “Él vive permanente en mí casa. Cara a cara hablo con él, y a las claras, no por figuras; y él contempla el semblante de Yahvé” (Núm. 12, 7 - 8).

Toda la espiritualidad del desierto se encierra en esta sentencia profunda de San Juan de la Cruz: “Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma” (Puntos de amor, 21). ¿Te ocurre pensar que es en ti donde se dice? Audición sublime, ahí está toda la Vida eremítica. Has de mostrarte insaciable por escuchar ese Verbo, y nadie sí no es el Padre, ni libros ni teólogos, te la puede hacer oír: “Nadie puede venir a mí, sí el Padre que me ha enviado no le trae” (Jn 6,44). Esa palabra eterna será tu alimento: la Escritura, la Eucaristía, la contemplación, te la suministrarán. Gustarás ese Maná de Dios (Ex 16). El Espíritu Santo guiará tu alma hacia ella con infinita más suavidad y delicadeza que la nube luminosa (Ex 40, 36 - 38). Él te adoctrinará como desde un Sinaí interior, en la ley de los perfectos. Dios pactará contigo la alianza de los desposorios (EX 19) y te dirá al corazón cómo le agrada la liturgia del amor para la que tenía reservado. Para aplacar tu sed hará brotar del seno mismo de tu aridez

el agua de su gracia, de sus dones, con que podrás beber de la fuente misma de la Vida trinitaria (Núm 20, 1 -11). En ti se repetirán las antiguas “magnalia Dei”, siempre que te avengas a surcar con arrojo la estepa (p. 8) Porque hay que estar siempre en marcha. El eremitorio no es la Tierra de Promisión; no te es lícito instalarte en él con el confort de unos hábitos acariciados o de una tranquilidad egoísta. El Verbo es tu manjar. Mas también esa Pascua se ha de comer de pie, ceñidos los lomos y el bastón en la mano. Eres un peregrino sin domicilio, sin equipaje, sin seguridad del mañana. Para el hombre que se aventura en el desierto no hay vivienda, hay una pista por la que se da prisa por alcanzar “un paisaje del que no se vuelve”. Ese paisaje es Dios mismo visto a cara descubierta, y sólo la muerte nos la muestra así. El amor debe agujionarte y quitarte todo posible entusiasmo por fabricarte un refugio cómodo. “Como anhela la cierva las corrientes de aguas, así te anhela a ti mi alma, ¡oh, Dios! Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo vendré y veré a faz de Dios?” (Sal 41 ,2-3).

Sólo Él sabe el momento y el camino. No tengas plan de vida, consérvate libre de todo cuanto pueda impedir que Dios te mueva a su gusto. Sabores y sinsabores no entran en cuenta. Has de estar disponible y maleable. El Pueblo Elegido sólo sabía una cosa: avanzaba hacia la Tierra Prometida; desconocía las etapas. En aquel éxodo el Señor se reservaba todas las iniciativas. El pueblo se detenía, reanudaba la marcha, se orientaba sin más señal que la nube a la que seguía a Ciegas (Ex 40, 36-38). Se te pide un abandono así, que descansa en la Fe, en la Sabiduría, el Poder y el Amor de tu Padre que está en los cielos.

“Lo sabe todo, lo puede todo y me ama.” Graba esto en el corazón y en la palma de las manos. Moisés canta la maternal solicitud de Dios. A ella debe el ermitaño entregarse. De ti se trata: “Le halló en tierra desierta, en región insulta, entre aullidos de soledad. Le rodeó y le enseñó, le guardó como a la niña de sus ojos. Como el águila que incita a su nidada, revolotea sobre sus polluelos, así Él extendió sus alas y los cogió y los llevó sobre sus plumas. Sólo Yahvé le guiaba; no estaba con él ningún dios ajeno” (Deut 32, 10 - 12).

Te lo juegas casi todo Si vacilas en lanzarte a ese abismo. Si quieres “hacer tu Vida”, puede que Dios lo consienta, pero oye su amenaza terrible: “Esconderé (de él) mi rostro, veré cuál será su fin” (ib. 20).

Lo demás se adivina sin dificultad: perecerás de hambre y de sed, en un género de vida que no tolera la mediocridad, y serás un “seglar” bajo el sayal de un ermitaño. (p.9

Gracia de predilección las que Dios te da contraerte al desierto. Gratuito es el llamamiento y tu perseverancia se la deberás únicamente a la condescendencia divina. Ten siempre ante los ojos esa fineza del amor de Dios para con tu alma y las irás estimando gradualmente. Pese a tus lecturas y a lo que llamas tu experiencia, no sabes, al entrar, lo que la soledad del desierto te reserva.

Aquí, como en todas partes, No hay dos almas que siguen exactamente la misma pista; Dios no se repite en sus creaciones. Muy pocas veces, tal vez nunca, revela por adelantado sus diseños.

Entra en el desierto, humilde y sosegado. Al Dios que te espera, la única cosa de valor que le has de presentar es tu entera disponibilidad. Cuanto más ligero sea tu equipaje humano, cuanto más pobre seas de lo que estima el mundo, mayor será tu oportunidad de éxito, ya que Dios gozará de mayor libertad para manejarte. Te llama a vivir a solas con El solo a nada más.

La acción directa sobre los hombres, aunque sea por la pluma, para nada entra en las perspectivas intencionales del desierto. Luego has de consentir en perderte enteramente. Si abrigas el secreto deseo de ser hacerte a “alguien”, vas derecho al fracaso. El desierto es implacable: expele infaliblemente a todo el que se busca a sí mismo.

Entra en el en santa desnudez...

(El mismo autor anónimo).

2/ El desierto de J Bautista: bajo el techo de Cristo.

Desierto.

Capítulo II

El desierto de Juan Bautista: bajo el techo de Cristo.

"Maestro... ¿dónde moras? Venid y ved" (Jn 1, 38-39).

Tu pensamiento más familiar ha de ser la gratuidad y eternidad de tu vocación, con su cortejo de gracias. "No sois vosotros los que me habéis elegido a Mí", sino Yo el que os elegí a vosotros" (Jn 15, 16). "Antes que te formara en las maternas entrañas te conocía" (Jer 1,5). "Yahvé me llamó desde antes de mi nacimiento, desde el seno de mi madre me llamó por mi nombre" (Is 49,1) Cf. Gal 1,15 – San Pablo.

Tan verdad lo es de ti como de Jeremías, Isaías, Juan Bautista, San Pablo. Tu convocatoria al desierto es eterna como todo lo que te concierne, y trae su origen de una preferencia inexplicable del amor de Dios para contigo. Por toda la eternidad cantarás el privilegio de tamaña misericordia del Señor. Cuales quiera sean las circunstancias y los motivos personales conscientes que determinaron tu resolución, es el Espíritu Santo el que te ha traído al desierto, como lo hizo con Jesús (Mt 4,1). En realidad, fue el caso del precursor — Dios te

guarda a la sombra de su mano (Is 49,2), esa mano de padre que te ha modelado, que levanta en tu derredor un muro que te dispensa su gracia, te estrecha en la ternura de su abrazo. Esa mano te separa y te consagra al servicio exclusivo de su amor. Te preserva de la cercanía indiscreta de las criaturas, te defiende contra ti mismo, tan propenso a tenderles los brazos. Su contacto te vivifica, purifica y caldea. A Él sólo debes todas tus riquezas naturales y sobrenaturales. El desierto del ermitaño no es un calabozo enloquecedor donde se le somete a completa incomunicación. Sea tu fe bastante para vivir la realidad que eres "el niño llevado a la cadera y acariciado sobre las rodillas. Como consuela una madre a su hijo" Dios te consuela (Is 66, 12- 13). Entonces "latirá de gozo tu corazón y tus huesos reverdecerán como la hierba" (ib. 14).

Como el Precursor, tú has sido querido para Cristo, no sólo en el sentido en que entiende San Pablo que

todos los elegidos han sido predestinados (Ef 1,4), antes bien para no tener aquí abajo otra razón de ser que el amor y la glorificación de Jesús. Eres más que el amigo del Esposo. Tu alma es realmente la Esposa y puedes tomar (p. 12) como propias las efusiones del epitalamio místico del Cantar de los Cantares: “Yo soy para mi amado y mi amado es para mí” (6,3).

San Juan no vivió en la intimidad de Cristo. Más dichoso que él eres tú, que posees la Eucaristía y conoces todas las maravillas de la gracia.

Puedes con todo derecho esperar recibir “el beso de la boca”, prometido a quienes lo dejan todo por seguirle, y el desierto se tomará “en jardín con macizos de balsameras” donde el Amado “se recrea entre azucenas” (Can 6, 2-3). En este sentido “el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él” (Mt 11,11).

Ten buen cuidado de no quitarle al eremitorio su sello de austeridad. Por aquello de que la contemplación es el ejercicio más excelente de la caridad, viene a veces con fuerza la tentación de poner en sordina la dureza de vida de que todos los anacoretas han dado ejemplo. Juan Bautista, puro como el que más, no le daba al cuerpo sino lo estrictamente necesario para no morir.

El mundo está necesitado de expiación y tú mismo no estás sin pecado, ni sin tendencias perversas. Si el Precursor hubiera asistido a la Pasión, habría ardido en deseos de seguir al Esposo hasta el martirio. Fuese dada, sí, la gracia de derramar su sangre, pero sin el resplandor de la cruz que a ti te ilumina. Dichoso tú si el eremitorio te cercena hasta el máximo ese confort que tanto hambrea el sentido moderno. El ahorro de tiempo, la superioridad- dad del rendimiento, la liberación del espíritu, no son con frecuencia sino coartadas. El ermitaño no tiene en absoluto por qué acompasar el ritmo de su vida a la carrera desbocada de un mundo cuya escala de valores es la inversa de la suya. ¡Se nutre de eternidad!

En la esfera de lo temporal no tiene deseos, sólo tiene necesidades; aprenda a no forjárselos. La incomodidad en todo debe serle familiar; el “puedo prescindir” ha de regular tus instalaciones y tus reclamaciones. Más vale que la obediencia sea para ti freno, que no estímulo. El desierto natural se subleva contra toda sensualidad; por eso son tan pocos sus amadores. Pero los que se han dejado seducir saben por experiencia que de un cuerpo tratado con dureza, el espíritu emerge en la pureza y en la luz. Sin ese gusto por las austeridades, ¿cómo serías sucesor de los mártires?

Ojalá puedas merecer el elogio del Bautista hecho por Jesús: “Juan era la antorcha que arde y luce” (Jn 5, 35) (Lucerna ardens et lucens). Según arde y se consume, el ermitaño ilumina como lámpara del sagrario.

Se consume mediante la pureza que sofoca los apetitos carnales, se consume por la penitencia, que le lleva a renunciar a las fuentes de alegría de los

hombres. Se consume sobre todo por el amor que es un fuego. El ardor de esa llama, avivada por el Espíritu Santo ha gastado hasta el cuerpo de los místicos y liberado el alma de la (p.14) Sma. Virgen de sus lazos terrenales. Tu pasión ha de ser Jesucristo y el celo de su gloria en ti y en los demás. Quizá obtengas el languidecer tras su venida y apropiarte el gemido de la Esposa en el Apocalipsis: “¡Ven!”. Entonces se te dirá: “El que tenga sed que venga; el que quiera, que tome gratuitamente el agua de la vida” (Ap 22,17). El vacío, la aridez, la austeridad del desierto activan el paso por la pista que conduce a la tierra del descanso. En un instante Juan olvidó las penalidades de los años duros de su preparación, cuando vio ante sus ojos al “Cordero de Dios”, cuyos caminos él allanaba (Jn 1, 23).

Entonces su único anhelo fue: “Es necesario que Él crezca y que yo mengüe” (Jn 3, 30), no sólo en renombre, sino aun en su ser espiritual, al presentir el sublime ideal que formulará San Pablo: “Y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20). Así acaba por consumirse divinizándose la pequeña lámpara.

Para ti la venida del Mesías no es un futuro. Vives bajo el techo de Jesús, cada día te alimentas de su carne, su vida te anima, su Espíritu te guía y estimula, con Él estás muerto y resucitado. ¿Por qué tu caridad iba a quedar en un poco de rescoldo? La única explicación de la vida eremítica es esta: un gran amor requiere la máxima soledad. Tal será tu programa. En el Cuerpo Místico de Cristo te corresponde ser el corazón. Si eso no, ¿qué eres tú, que ni tienes obras, ni predicas, ni administras siquiera los sacramentos?

Tu Vida escondida habla al mundo, mas no será luz para él, sino, precisamente, en cuanto brote de tu amor concentrado. El Precursor fue un testigo sin igual de Jesucristo a quien tenía por misión señalar: “Ecce”, “Helo aquí”. También tú en la Iglesia y de cara al mundo eres su testigo; pero lo que en ti habla no es lengua, es tu estado, tu mismo ser. Vives superiormente la doctrina, el ejemplo de Jesucristo, y el ardor de tu fe en acto obliga a pensar en la trascendencia de Aquel que la inspira: “Brillen así vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre Celestial” (Mt 5,16). Si, conforme al designio divino, tu vida reproduce la imagen perfecta del Hijo, por el hecho mismo evoca el modelo (Rom 8, 29). Haces realidad el dicho de San Pablo: “Llevamos siempre en nuestros cuerpos los sufrimientos mortales de Jesús, a fin de que también la Vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo” (2 Cor 4,10).

Jesús es Dios, y, por tanto, eres el testigo de Dios que se refleja en ti como en un espejo (2 Cor 3,18). Por tu renuncia de las criaturas proclamas su nada frente al ser de Dios. Por tu sacrificio de los goces que ellas te procuran, pregonas la suficiencia de Dios, soberana felicidad. Por tu aplicación exclusiva a la oración, publicas su infinita Majestad y Soberanía. Y tu testimonio es de tanto mayor alcance cuanto tu Vida

está oculta y silenciosa en la contemplación de esta sobrecogedora (p. 14) trascendencia de Dios.

Su irradiación sobrepuja infinito el conocimiento que de ella alcanzan los hombres. Al testimonio no le basta ser dado, tiene que ser acogido. No es cuestión de reportaje, es cuestión de gracia, Sólo Dios abre los ojos a la luz. Por brillante que sea, el ciego no la percibe. El Verbo venido a este mundo “era la luz de los hombres y la luz ha brillado en las tinieblas y las tinieblas no han podido alcanzarla” (Jn 1,15). Con oración y sacrificios merecerás a los demás la gracia de ser dóciles al testimonio. Mucho predicó Jesús; atribuye el fruto del fruto de su apostolado a la oblación muda del Calvario: “Cuando fuere levantado de la tierra, atraerá a todos a mí” (Jn 12, 32).

Eres verdaderamente un precursor que abre camino. Pero te hace falta una fe que traslada montes para creer en semejante eficiencia en un contexto vital tan modesto y descarnado

Juan creyó en su misión; cree tú en la tuya. No se buscó a sí mismo: nada hizo por dejar su soledad y deslizarse en el séquito privilegiado de Jesús. Amigo del Esposo como era, se regocijó del júbilo del Esposo, contentándose él con el terrible aislamiento de las mazmorras de Maqueronte, de donde no salió más que para el cara a cara con la eternidad. El que Jesús no le haya llamado al Colegio Apostólico, a la fundación de la Iglesia, a la dicha de su intimidad, no arguye menos amor. De ninguno de los apóstoles hizo panegírico mayor que del que calificó “más que profeta”. “Os aseguro que no ha surgido entre los hijos de mujer uno mayor que Juan el Bautista” (Mt 11, 9 -1). Tenía que ser el modelo alentador de las almas que renunciarían a todo incluso a la suavidad de los favores divinos, para que sea glorificado en ellas y por ellas el Dios mismo de toda consolación. No es poco olvidarse hasta ese extremo y aguantar en el desierto esa suprema

austeridad del silencio de Dios, sin que se cuarteen ni la fe ni la esperanza.

El Precursor supo comprender la actitud misteriosa de Jesús respecto de él, y, en la robustez serena de su fe “por Cristo” - tan distante - “abundaba su consolación” (cf. 2 Cor 1, 5). Su felicidad no fue otra que la aurora de la salud del mundo (cf. LC 2, 29 - 32). Como no ha recibido misterio alguno en la nueva economía, se oculta en el silencio de la contemplación. De hecho, el amigo del Esposo es también la Esposa, y desde la Visitación no ha salido de la cámara nupcial en que el Verbo la colma de claridades...

Sea la luz de tu oscuro sendero la máxima de San Juan de la Cruz: “El amor no consiste en sentir grandes cosas, sino en tener gran desnudez y padecer por el Amado” (Punto de amor, nº 36). (p. 15).

“Huiré lejos, y moraré en el desierto” (Sal 54, 8).

“Tornará su desierto en vergel, y su soledad en paraíso de Yahvé” (Is 51, 3).

“Vivir en el desierto no significa sólo vivir sin los hombres, SINO ADEMÁS, vivir con Dios y para Dios” (Dr.Serge Boulgakoff).

“El que con DIOS esté nunca está menos solo que cuando está solo. Pues entonces goza sin trabas de su dicha; entonces es dueño de sí mismo para gozar de DIOS en sí y de sí en DIOS” (Guillermo de St. Thierry). (p. 16).

3/ El desierto de Jesús: los combates del desierto.

Desierto.

Capítulo III.

El desierto de Jesús: los combates del desierto.

“El espíritu le empujó hacia el desierto. Estuvo en él... tentado por Satanás “(Mc 1).

San Marcos que Jesús, al momento de salir del agua, después del bautismo, vio cielos abiertos y al Espíritu Santo como una paloma descendiendo sobre El (1.10). Y cuando la voz del Padre hubo sonado, “al punto”, prosigue el evangelista, “el Espíritu Santo lo empuja al desierto” (v. 22). Advierte la relación que para establecer el texto entre y la plenitud del Espíritu posándose sobre Jesús y su apartamiento al desierto. Hay aquí un misterio que interesa al ermitaño antes que a nadie.

La palabra que pronuncia el padre es palabra de amor: “Tú eres mi Hijo el amado, en ti me complazco “(Mc. 1,11).El Espíritu que se da es el Espíritu de amor. La retirada al desierto es la respuesta de Amor a esa palabra, a ese don del Amor. El hijo de Dios ninguna necesidad tiene de prepararse al Apostolado. Pero su Humanidad, solmada de manera singular en aquella hora, suspira por hallarse a solas con su Padre. Tiene razón Guardini en pensar que el Espíritu “lo saca fuera, a la soledad lejos de los suyos, lejos de la multitud que

estaba junto al Jordán, al desierto donde solo están su Padre y El" (el Señor).

Quizá no has reconocido todo en las claras el impulso de la gracia conduciendo te alegre al eremitorio. Es a veces el concurso de unas circunstancias muy profanas, que más parecían atropellarse que dejarse dirigir. Alguien que no eras tú, el Espíritu Santo, accionaba los mandos y combinaba todas las cosas para traerte aquí. Él fue quien te "arrojó fuera, a la soledad". Una sola es tu respuesta posible: un asentimiento de amor. Únicamente a ese precio se conquista la perseverancia en el desierto. El Papa Pío XII lo declaraba: "Ni el miedo, ni el arrepentimiento, ni la prudencia sola son los que pueblan las soledades de los Monasterios. Es el amor de Dios".

Poco te gustaría fijar con parsimonia los límites de tus explicaciones. El espíritu moderno no gusta de duelos interminables. El amor en cambio es insaciable y sus propios dones le enardecen. Estás en tu derecho si emancipas la mente y el corazón de las contingencias de la vida del mundo, a fin de poder así aplicar todos tus resortes internos a las verdades eternas, a "la Verdad soberana, Dios que es luz". (p. 18) (Jn 1,5) y "amor". (4,8).

¡Ah! pero no creas con esto entrar en el descanso. No obstante toda su pureza y santidad, Jesús se impuso sobrehumana, símbolo elocuente de la lucha que tendrás que reñir para asentar en ti el predominio tranquilo de todas las virtudes. La aprende de cara con el demonio y lo derriba, para prevenirte de los combates que te esperan y enseñarte los medios de vencerlo. Los muros de tu alma los levantarás con la llama en una mano y la espada en la otra (Neh 4,12). Bastante más sudor y tiempo del que piensas, lleva el pacificar esa alma. Entre "la sinceridad" de tus esfuerzos y "la verdad" de tu renunciamento se abre ancho foso: no tardarás en experimentarlo.

Ingresas en el desierto no con la inocencia de Jesús, sino con la corrupción radical de tu naturaleza, agravada con las torceduras y lesiones que le han infringido tus hábitos y pecados. Los lazos no lo has roto rascando pergaminos, si no saando en materia viva, y los tocones antes de tu afectividad no dejarán de echar brotes. A menudo sentirás la tentación de compadecerte de ti mismo. Se intransigente fiel a la obediencia y te salvaras.

La regla bajo la que militas será tu gran purificadora y pacificadora, aun cuando te parezca un laminador implacable. Recetará una dieta absoluta tu amor propio y yo bajo todas sus formas y establecerá por grados la jerarquía y armonía de los valores naturales y sobrenaturales que llevas en ti. Ese orden asegura la tranquilidad: es lo que San Agustín llama a la paz. El eremitorio la promete, no sin prevenir que se trata de una paz armada, y que un fallo en la vigilancia, en la alegría en la energía o en la oración puede replantear toda la cuestión. Nuestra paz es precaria porque llevamos dentro, junto con los amigos que la

amenazan, las complicidades que comprometen nuestras defensas. Con todo, ya es mucho haber interpuesto espacios entre tus pasiones y sus objetos. Ármate de valor: "nuestros actos nos cambian", escribe el padre de Montcheuil. Una renuncia que hoy te parece hartamente costosa perderá su virulencia inicial si lo aceptas con generosidad. Conforme vaya creciendo, la caridad te hará amable algún día lo que en este momento te repugna, cuando nace la fe árida y trabajosa prevalece aún sobre un amor vencedor de todo y egoísmo.

El demonio no es un mito, y si bien es excesivo verle en todas las tentaciones, la tradición monástica concuerda en atribuirle especial encarnizamiento contra los anacoretas. Del desierto, por lo que dice el evangelio (Mat 12,43). Era tenido por el lugar propio de su guarida y el monje en aventurada ofensiva se proponía desalojarlo. San Mateo establece explícitamente una conexión entre el retiro de Jesús en el desierto y la tentación: "Jesús fue conducido por el espíritu al desierto para ser tentado por el diablo". (4.1). (p.19).

La soledad te pone a cubierto de los intentos de perversión del mundo. El no ver, no ir, no leer, no tocar... Te afianza una zona de seguridad relativa, pero un peligro te acecha: el replegarte sobre ti mismo, lo cual desarrolla en ti una sensibilidad excéntrica con cierta exacerbación ficticia de las potencias efectivas e imaginativas que confiere a las cosas más nimias una resonancia de desmedida y te pone en trance de caer en la obsesión. Pruebas interiores se levantan, que serán niñeras, pero que turban la paz y hacen sufrir mucho. En la vida activa te encogerías de hombros y a otra cosa. En el desierto esos fantasmas te acosan. Para purificar y purificar tu alma Dios puede echar mano de tu susceptibilidad ante el padecer. Más la astucia del demonio sabe sacar partido de ella. Abre el corazón a una guía perspicaz y te salvaras de escollos que más de uno saber esquivar: la excentricidad, la manía persecutoria, los escrúpulos, la melancolía con todos sus sobresaltos. Los perpetuos descontentos, los hastiados son las víctimas imprudentes de la reclusión. Lo místicos son su mayor triunfo...

El ayuno que el desierto impone a tus facultades cuyo juego normal asegura ordinariamente la expansión y la felicidad de los humanos, produce en ti el triunfo de la primicia de lo espiritual. Sin embargo, los instintos son indestructibles y nunca lograrás que el corazón y la carne no se conmueven. El autor de tu estructura es Dios; no te toca ni lamentar ni ponerte a trastornar tan admirable ordenación. El dominio sobre los instintos es delicado.

Además, la memoria y la imaginación atizando la desazón de la privación y el demonio tiene poder directo sobre nuestras facultades sensibles. No es raro que lo más puro sean presa de las tentaciones menos confesables de los ímpetus afectivos más desesperados.

Hay que conformarse humildemente, orar, mantener paz y confianza. Resistir a estos impulsos es un hermoso acto de fe, de esperanza, de amor, es asimismo la más austera de las penitencias. Considera que es un crisol purificador por donde pasaron tantas almas santas, las vidas de los padres del desierto se tranquilizarán. El demonio perderá una baza sientes de perder tú los estribos y reflexionas con calma que eres hombre y no ángel y qué vas hacia dios caminando sobre tus dos pies y no volando con alas de Serafín...

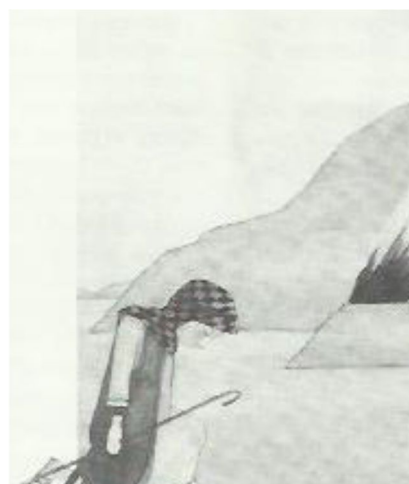
La contemplación el acto más divino el ejercicio más perfecto de la caridad (p. 20) puede dar origen asimismo a las más sutiles tentaciones, al menos en su grado inicial, cuando tiene más de adquirida que de infusa. El orgullo no tiene asidero en el místico auténtico, la actividad intensiva del don de temor lo pulveriza. No es místico quien quiere. El que, en expresión de San Benito, después de domeñar los vicios de la carne y el espíritu "con el solo vigor de brazos y manos", alcanza a rozar al indivisible, a deleitarse definitivamente en las realidades supra terrenales por las cuales lo ha dejado todo, Ajustar lo bueno que es Yavhé (Sal 33,9): ese tal puede tropezar en el lazo de la rana complacencia y de la presunción. El demonio le susurrará que pertenece a "la aristocracia" del mundo espiritual y le persuadirá que, rebasando el estadio del aprendizaje, Puede lanzarse desbocadamente, sin control, por la vía de las grandes singularidades penitenciales o, al contrario relajar su rigor y dejar lacias las riendas: "Si eres Hijo de Dios, tírate abajo" (Mt 4,6). La respuesta del humilde es sencilla: no puedo tirarme abajo puesto que estoy arriba. Por supuesto hay que estar bastante adelantado en la perfección para advertirlo. Única salida: abrirse y obedecer.

Obedecer al propio guía, pero obedecer al Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús que te ha conducido al desierto. Si eres auténticamente Hombre de oración, está salvado. ¿Que hizo Jesús solitario, sin predicar, sin comer ni beber, quizás sin dormir? Contemplaba. Con toda su alma estaba cara a Dios, sus potencias eximidas de toda otra actividad se expansionaban en la contemplación. La luz beatífica inundaba su mente, su

voluntad ardía en la caridad del cielo. Los Dones del Espíritu Santo rendían en El todos sus frutos. Libre de toda ocupación terrestre Jesús pudo dilatar su oración hasta una plenitud que ya no superó.

La tuya será más modesta y más intermitente. Al menos en alas del deseo, trata de unirte a Dios con la mayor secuencia e intensidad posibles. Suplícale sin descanso que se dé a ti. La oración mística está en la línea de tu vocación de cristiano y de ermitaño. Pide esa gracia, pero acepta con apacible humildad que te sea aplazada o negada. Hazlo que está de tu parte por disponerte al don eventual de Dios.

Por toda la eternidad no harás sino contemplar. La vocación del monje es escatológica: su intento es vivir anticipadamente a la manera de los bienaventurados. El desierto, cerrado del lado de la tierra, solo tiene vistas al cielo, y la pista por lo que caminas desemboca en Dios. Sé generoso: no serán ángeles los que te servirán, el Maestro en persona se ceñirá, te hará sentar a su mesa y te obsequiará. (Mc 12,37).



Es necesario pasar por el desierto

Es necesario pasar por el desierto y quedarse allí, para poder recibir así la gracia de Dios: es ahí donde se expulsa de sí todo lo que no es Dios y se vacía completamente esta pequeña casa de nuestra alma, para dejar todo el sitio solamente a Dios.

Los hebreos pasaron por el desierto, Moisés vivió allí antes de recibir su misión, San Pablo sea preparado, también en el desierto... Es indispensable... Es un tiempo de gracia, es un periodo por el que toda persona que quiera dar frutos tiene que pasar necesariamente.

Es necesario al hombre este silencio, este recogimiento, este olvido de todo lo creado, en medio del cual Dios establece su Reino y forme en nosotros la actitud interior la vida íntima con Dios, la conversación del hombre con El en la fe, la esperanza y la caridad. Más adelante el hombre producirá frutos exactamente en la medida en que el hombre interior se haya formado en él.

Si esta vida interior es nula, habrá celo, buenas intenciones, mucho trabajo, pero los frutos serán nulos. Es algo así como un manantial y quisiera dar santidad a los otros, pero no puedo hacerlo porque el mismo está seco.

No podemos dar sino aquello que se posee; y desde la fe lo hemos de tener a partir de la soledad, de esta vida solitaria que es fruto del desierto y debe estar únicamente con Dios en nosotros mismos es en este recogimiento profundo del hombre que olvida todo lo creado para vivir exclusivamente de Dios, cuando Dios se da enteramente aquel que se entrega enteramente a Él.

Entreguémonos enteramente a Él y Él se entregará totalmente a nosotros. Y en eso no tengamos miedo de ser infieles a nuestros hermanos los hombres. Al contrario este es el único medio para nosotros de poder servir a todos y eficazmente. Fijémonos en San Pablo, San Benito, San Gregorio el Grande y tantos otros: ¡qué largo tiempo de recogimiento y de silencio han vivido antes de darse a todos". Subamos más arriba: miremos a San Juan Bautista, contemplamos a nuestro Señor Jesús no tenía necesidad alguna de silencio, pues estaba siempre con el Padre, pero Él ha querido darnos ejemplo. Demos a Dios aquello que es de Dios.

Carlos de Jesús en carta al P Jerónimo.

4/ El desierto de Magdalena: la compunción.

Desierto.

Capítulo IV

El desierto de Magdalena: la compunción.

"Le son perdonados sus muchos pecados puesto que amó mucho "(Lc 7,3).

Aceptamos la tradición que viniera a María Magdalena en el desierto de Sainte Baume. El monaquismo la honra como Patrona. Medita los versos que le dedica el Evangelio y sigue la de corazón en su retiro. Su ejemplo te infundirá grandes ánimo. No eres mejor que ella ni más que ella mereces la misericordia del Señor. Eso que en sus extravíos le excusaba una ignorancia que no puedes tú alegar. De común con ella tienes el ser una oveja perdida que el Salvador ha buscado y traído sobre sus hombros al redil (Lc 15, 4-7).

Y en el desierto, ¿qué hizo? Sin duda expió con dura penitencia. Sobre todo recordaba la luz de la inolvidable mirada con que Jesús la envolviera. ¿No piensas alguna vez en esa mirada extraordinaria de Cristo cuyo benéfico poder mencionar a menudo el Evangelio? "la miro y la amo".

En tu caso, como el de Magdalena, hay que invertir los términos: te ama y te mira. Él te amó primero (1 Jn 4,10). Tu deber en el desierto es vivir bajo esa mirada. Dios no aparta sus ojos de ti. Bueno es no echar en

olvido que "ven sus ojos en el mundo y sus párpados escudriñan a los hijos de los hombres" (Sal 10,4), que los ojos de Yahvé están en todas partes observando a los buenos y a los malos (Prov 15,3); que tus obras están escritas en su libro" (Sal 138,16).

No creas que sea una mirada glacial y terrorífica. Yo sigue siendo Padre en su justicia. Hasta cuando apenas si pensabas en él y sorbías el pecado como agua. Él posaba en ti una mirada de misericordia: su gracia te penetraba para traerte a penitencia ¿Por qué esa preferencia? "Amé a Jacob más que a Esaü". ¿Por qué? San Pablo responde "Tiene misericordia de quien quiere, y a quien quiere endurece." ¡Oh, hombre! ¿Quién eres tú para exigir cuenta a Dios?" (Rom 9, 14-20).

Magdalena, incansablemente, rumiaba aquella misericordia incomprensible cuya fascinadora ternura captara en la pupila de Jesús, en casa de Simón el fariseo. Creyó ella a ver tomado la iniciativa de su arriesgada determinación, era la gracia de Cristo la que

la atraía. De lejos la veía en sus perplejidades, como divisaba a Natanael bajo la higuera e invisiblemente (p. 24) supiera que a su alma los pasos a dar y le infundía la fuerza de darlos. Fue la voluntad de Jesús la que dobló las rodillas de la pecadora y que quebrantó su corazón. Así hizo contigo. Magdalena pudo entonces levantar hacia Él unos ojos que reflejaban un alma purificada, transfigurada, abrazada. No podrá ya olvidar la mirada de Jesús que le decía: “Tus pecados te son perdonados... Tu fe te ha salvado, vete en paz ». (Lc 7,48); Ni aquella otra mirada iluminada con claridades de bienaventuranzas, con que la abrazaba cuando sentada a sus pies contemplaba en Él, el verbo hecho carne (Lc 10,39); ni, en fin, la mirada de noble gratitud con que le pagaba la unción de Betania. ¡Los ojos de Jesús fueron la lámpara de su gruta provenza!

El sentimiento punzante de sus miserias pasadas suscitaba siempre en ella un asombro renovado ante las privanzas de que se juzgaba indignada y que sin embargo acogía sin resistencia con un corazón arrebatado, tan viva era su fe en el perdón divino.

Si quieres ser feliz en el desierto tienes que apropiarte esa misma fe. Los hombres no saben perdonar. Tal vez encuentres siempre Simeones para echarle en cara tus faltas, como así, no pocas veces, su virtud fuese otra cosa que pura fortuna. El hombre pecador se acuerda. Dios ofendido olvida.

“Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la nieve. Aunque fuesen rojos como la púrpura, vendrían hacer como la lana blanca” (Is 1,18). Ha echado “tras de sí” todos nuestros pecados, y no recobraran vida en su memoria (Is 38,17). Aplícate estas confesiones divinas: ¿No es Efraín mi hijo predilecto, mi niño mimado? Porque cuantas veces trato de amenazarte, me entenece su memoria, se conmueven mis entrañas” (Jer 31,20).

La compunción deja de ser auténtica sin esa confiada y tranquilizadora certeza. Desconfía del perdón es injuriar al corazón paternal de Dios. Si el ermitaño llora al recordar extravíos que sean lágrimas de gozo. Dios es más admirable cuando restaura que cuando crea. En la vida espiritual nada será definitivo, pero tampoco hay nada irreparable. El padre de Foucauld escribía a L Massignon: «No, las faltas pasadas no me espantan... Los hombres no perdonan porque no pueden devolver la inocencia perdida: Dios perdona por qué borra hasta las manchas y devuelve en plenitud la hermosura primera”.

Solo el demonio puede insuflar el desaliento. ¿Por qué razón sus patrañas iban a tener más pesos que la palabra de Dios? “Yo te he formado, tú estás para servirme... Yo he disipado como nube tus pecados, como niebla tus iniquidades. Vuelve a mí, que yo te he rescatado” (Is 44,21). “Por mí lo juro sale de mi boca la verdad, y es irrevocable mi palabra” (Is 45,23).

Aun así, ¿te interesa expiar? Hazlo más con el fuego del amor que con la fiera de las maceraciones. ¿Crees (p. 25) que Magdalena fue perdonada a poca

costa? Solo una cosa le pedirá el amor: subir al calvario, estarse al pie de la Cruz y contemplar el horrible suplicio del objeto más sublime de su amor. No se le dejará ni decir una palabra, ni esbozar una demanda por calmar sus dolores o infundirle ánimos. Para la pecadora, esa viene a ser la satisfacción más singular y terrible.

Averigua ahora algo que ignoraba todavía: la atrocidad y malicia de la ofensa hecha a la Majestad del Dios trascendente. En la perspectiva del Cristo sonriente de Betania, su pecado tenía proporciones humanas. En el Calvario, de golpe, mide la inmensidad de su falta al manifestarse en todo su rigor la justicia del Padre, que no perdona ni a su Hijo único (Rom 8,32). No puede menos de ver con sus propios ojos lo que es la reparación de valor infinito de una ofensa, la suya, de malicia infinita. Antes que San Pablo, ella se dice: “Me ha amado y se ha entregado por mí” (Gál 2,20). Ve de adivinar la sacudida, el enajenamiento, el quebranto de aquel corazón enamorado. Conserva en su memoria visual las últimas miradas de Jesús, tan preñadas de tristeza, de angustia, de pavor, con ciertos destellos extraños como de desesperación: “¿Padre porque me has desamparado?” (Mt 27,46).

Nada le será ahorrado a Magdalena: las blasfemias, los gritos de odio, las burlas, el ruido de los martillos, los gemidos del condenado, le despedazan los nervios y el corazón. Desde el centro mismo de la escena puede contemplar el tormento de cada músculo del Salvador cuyo cuerpo es toda una llaga, y le es dado a reconocer la horrenda eficacia de sus caídas. Ahora es cuando descubre lo que son realmente para Dios el orgullo, la lujuria, los amores ilícitos, el egoísmo. Aquí el pecado es despojado de las circunstancias concretas que le dan su hechicero encanto. Cuando Jesús pronunció el “tengo sed”, no se le consintió a Magdalena, como tampoco a la Virgen, que le ofrecieron el menor alivio.

¡Horas dramáticas! ¡Crisol justiciero para aquella amante de Jesús! Fue el castigo de sus pecados, la más atroz satisfacción. Tenía aquel corazón que su estrujado en el lagar del Gólgota hasta la última gota de sus deleites pecaminosos

Su único consuelo fue aquella postrera mirada de Jesús, vuelto hacia su Madre para decirle: “Mujer, he ahí a tu hijo” (Jn 29,26). Pero ¡que mirada en el fondo de sus ojos velados por lágrimas, sudor y sangre! Ya la muerte proyectaba en ellos su sombra. Magdalena se preguntaba cómo podían ser aquellos los ojos de Betania

Así fue la compasión de Santa María Magdalena, el acto final del perdón divino, satisfacción más cumplida, en un instante, que toda una vida de ayunos, viglias, flagelaciones. Lo probable es que en su desierto de Provenza no pasa un solo día sin revivir las obras cumbres de la humanidad que fueron su propio Calvario. (p. 26)

Deja que tu amor de ermitaño medite la Pasión de Jesús desde el ángulo que te concierne a ti, como lo hicieron Magdalena, Pablo y tantos otros santos. Pascal se queda corto cuando le hace decir a Jesús: “Por ti derramé tal gota de mi sangre”. Es toda la sangre

la que ha sido vertida por cada uno de nosotros. Tal vez encuentres sabor especial en salmodiar cada una de las Horas Canónicas, unido a Cristo en este aquel momento de su martirio, en pasar todos los días un rato en el Calvario, aunque solo sea mediante la evocación explícita del sacrificio cruento del Redentor al asistir a Misa.

Lamentas ser de pedernal cuando recuerdas tus faltas. Es probable que la metafísica del arrepentimiento te afecte medianamente. Si llegas a enamorarte apasionadamente de Jesús ninguno de sus tormentos te dejará indiferente, insensible, y la convicción de la parte que en ellos te corresponde y hundirá en el corazón el dardo del pesar y de la detestación. Nos sutilices en el análisis de tus sentimientos. La contrición genuina no puede abolir cierta complacencia animal de la naturaleza, cierto encanto refinado al recordar el placer gustado. Duélete de la ofensa inferida a Dios, si no consigues detestar sensiblemente la voluptuosidad que te embargó. Más claro que tú ve el señor en los oscuros repliegues de tu alma, deja en sus manos el juicio. ¡Dichoso Pedro cuyas lágrimas quedaron barrancos en las mejillas! Es cuestión de gracia. Se requiere tiempo para bajar tan hondo en la propia miseria: no se conoce la malicia del pecado sino expiándola.

Empieza por amar, el amor engendra la compasión y de la compasión nace la penitencia.

El corazón del ermitaño debe estallar o ablandarse en la cercanía de Dios, so pena de no abrirse a las llamadas del Amado que desea tenerlo como comensal: « Aquí que estoy en la puerta y llamo: si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo” (Ap 3,20).

Hay que estar limpio. Ejercítate en esa delicadeza de conciencia que no es escrúpulo, sino sentido del pecado. Es fruto del espíritu de adoración y del don de temor. Si en alguna parte se ha encomendado la confesión diaria es en el Yermo.

La compunción se ha de iluminar siempre con las claridades de la gloria, de lo contrario, se hunde en la desesperación. Mejor que nadie lo sabía la Magdalena, que vio la primera al Señor en la mañana de Pascua. Sin echar en olvido un punto de las angustias del Gólgota, tampoco dejó en su desierto de oír el acento personalísimo de la voz de Jesús llamándola por su nombre familiar: “¡Myriam!” En ese momento volvió a descubrir la mirada de Betania irradiando una majestad glorificada que a su vez le aseguraba a ella la dicha futura. Desde ese día Magdalena vivió la vida de resucitada, tal como la iba a definir San Pablo. Ejemplo suyo, los anacoretas han fijado (p. 27).su sala de espera más allá de este mundo y se ingenian por vivir como si hubiesen traspuesto ya el umbral de la eternidad.

“Para nosotros, describe el Apóstol, nuestra patria está en los cielos, de donde esperamos ardientemente al Salvador, el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro miserable cuerpo haciéndolo conforme a su cuerpo de gloria, en virtud de la fuerza eficaz que posee de someter así todas las cosas” (Fip 3,20-21).

La conciencia del pecado debe hacer rebotar el alma hacia esas alturas. La historia de nuestra desgracia personal no termina con la confesión, por humilde que sea. Se continúa en su redención y culmina en la gloria. En el texto de la Epístola a los de Filipo, San Pablo, una vez más, nos invita a la santidad, a partir del hecho de la resurrección corporal de Cristo que confirma nuestra resurrección espiritual. Bien muerto al pecado estaba Magdalena y su corazón volaba en pos de su tesoro: Jesucristo en su triunfo.

El ermitaño ve que su destino de gracia ilumina su soledad pero con la condición de mantener hasta el último aliento la voluntad de no pedir a la tierra nada, de entender a la letra la consigna del Apóstol: “Sí, pues, resucitasteis con Cristo, buscas las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifiesta Cristo, que es nuestra vida, entonces también vosotros apareceréis con Él llenos de gloria”. (Col 3,1-4).

Colgado como has sido por Dios, esmérate por ser la alegría de su corazón. Sí, en el desierto del mundo, un fruto succulento de su gracia. Cómo uvas en el desierto hallé Yo a Israel” (Os 9,10).



5/ El desierto de San Pablo: el descubrimiento de Cristo.

Desierto.

Capítulo V

5/ El desierto de San Pablo: el descubrimiento de Cristo

“Para mí el vivir es Cristo...”. (Flp 1,21)

Se habla poco de la marcha de San Pablo al desierto a raíz de su conversión. El mismo nos da a conocer incidentalmente: “cuando plugo al que me eligió desde el seno de mi madre y me llamo por su gracia, revelar en mí a su Hijo para que lo anunciase a los Gentiles, al momento no consulte más con carne y sangre, ni subí a Jerusalén a los que eran Apóstoles antes que yo, sino que marche a Arabia” (Gal 1,15-17).

Bajo la expresión “sin consultar carne sangre” se deja adivinar lo fiero de la decisión: el soltar las amarras, el afrontar lo desconocido. Pablo no discute, obra: igual que en el camino de Damasco. En las manos de Dios, el recién convertido es el hombre del servicio hasta la esclavitud, y la perspectiva de un sacrificio, así sea el de la vida, jamás le ha retenido o retardado en la obediencia. A él, como a Jesús, es el Espíritu Santo el que le arroja fuera y le empuja a la soledad.

¿Acaso tu rompimiento es mayor que el del Apóstol? No se te pide que reniegues de tu pasado religioso, de tu pueblo, de tus amistades para afiliarte a una secta de la que eras el perseguidor, si bien por motivos nobles. Sin embargo, todos tenemos nuestro “Isaac” muy querido que inmolar... No remolonees. Vienes al Yermo y tan rico espiritualmente como Pablo. Él iba hondamente afectado. La costumbre lima las aristas de la vida cristiana. ¿Por qué Jesucristo el amigo de tu alma desde la infancia, te es tan indiferente? Súplica a Dios te lleve a un camino de Damasco donde el encuentro con Jesús te derribe y te haga para siempre su prisionero, prisionero de corazón, y, por lo mismo prisionero del desierto.

No está en tu poder el recibir un choque tan llamativo. Una sola palabra ha encadenado al Apóstol irrevocablemente: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”. Pablo huye al desierto con esa revelación. Necesita estar solo para escudriñarla, Exprimir de ella toda la luz y todo el amor. Se propone hacer rendir todo su contenido vital a ese primer toque. “Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia no ha sido estéril en mí” (1 Cor 15,10). Con la fogosidad de su juventud, la violencia del temperamento y el fuego de la caridad que le abraza. Pablo debió de ser (p. 30) un terrible anacoreta. Talla tenía para haberlo sido toda su vida, más su vocación era otra. Las austeridades del apostolado sobrepasarán con creces las maceraciones del desierto (2 Cor 11). Por severo que sea tu tenor de vida, jamás sufrirás por Cristo la larga pasión del Apóstol (cf 2 Cor 6).

En su misterioso desierto, ¿en que puede San Pablo ser modelo tuyo? En esto: que se retiró a él con Jesús. Jesús luz, Jesús caridad. Esa ha de ser toda tu contemplación, toda tu ocupación. Destinado como le tiene para vastas empresas, Dios activa la revelación con su Apóstol. Tú, en cambio, tienes toda una vida para estudiar las dimensiones inconmensurables de la persona, de la misión y enseñanzas del Verbo Encarnado. Con la biblia, libro por excelencia del ermitaño, en las manos, estás en posesión de cuánto Dios tiene dicho a los hombres desde el principio del mundo. Los escritores sagrados: Profetas, Apóstoles y Evangelistas, el mismo San Pablo, ponen a disposición tuya la luz que les ha inspirado, y que sigue alumbrando a la Iglesia. El Verbo de Dios se ha hecho “Escritura” antes de hacerse “Carne” y “Pan”. Ahí tienes tu Maná en sus tres formas, y ¿morirás de hambre?

El centro, la cúspide de toda esa revelación es Jesucristo. Pablo se retira a la soledad para meditar y saborear el extraordinario designio de Dios respecto de nosotros, “el misterio escondido desde siglos y generaciones y que acaba de serle manifestado: Cristo entre vosotros (los gentiles)” (Col 1 25-26). Durante esos dos o tres años de anacoretismo se despliega ante la mirada atónita de su alma la prodigiosa historia del amor de Dios para con su criatura, historia que para él se cifra todo en el Cristo que lo ha deslumbrado.

Ese mismo ha de ser el tema de tus habituales reflexiones: el diseño eterno de Dios, que se realiza en ti en el tiempo de tu existencia. El ermitaño no abraza otra visión que la de cooperar en él con entera buena voluntad.

Dichoso tú si la luz brota del corazón, Jesús quiso mostrarse primero a Saulo en el esplendor de su carne glorificada en la que nos faltaría el detalle conmovedor de las cicatrices de la Pasión, para hacerle comprender más a lo vivo aquella sencillas palabras: “¿Por qué me persigues? (Act 9,4) Desde ese día Pablo ama a Jesús con una pasión casi salvaje: “El amor de Cristo nos apremia” (2 Co 5,14). “Si alguno no ama al Señor, sea anatema” (1 Co 16,22). ¿Quién no separará del amor de Cristo?” (Rom 8,35).

Lee y relee el evangelio a fin de que la persona de Cristo cobre vida y relieve a tus ojos. Es preciso que su Humanidad se te haga familiar y que su encanto te conmueva y cautive como cautivó a cuántos tuvieron la dicha de conocerle. Los misterios de su vida terrestre son la versión en lengua inteligible para nosotros de las divisas perfecciones que nos incumbe imitar. (p. 31) Sin

Él nos traería de cabeza esta consigna: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48).

En el desierto comprendió Pablo que esa perfección se nos da a conocer en Jesucristo, la fiel “imagen de Dios invisible” (Col 1,15). Después, descubre en la enigmática expresión del camino de Damasco la deslumbradora maravilla de nuestra unión con Cristo, prefacio, a su vez, de la revelación subsiguiente del plan de Dios sobre el hombre, no hallamos gracia ante Dios, sino en su Hijo Único, en la medida exacta en que le pertenecemos y semejamos: “Nos has escogido en Él desde antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia por el amor predestinándonos hacer hijos suyos por medio de Jesucristo” (Ef 1. 4,5).

Más adelante precisa los lazos íntimos que nos ligan al Verbo Encarnado, Cabeza del Cuerpo Místico, cuyos miembros hemos venido hacer él. Pablo, y nosotros por el bautismo (1 Cor 12. 13,27). Vivificados por su Espíritu viviendo de su vida hasta poder y deber en cierto sentido identificarnos con Él: “Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20).

Ahora le parece haber saltado a otro mundo, el mundo venidero, cree que, muerto al pecado, resucitado con Cristo tiene que vivir la vida escatológica que llenará de entusiasmo a los primeros cristianos y a las generaciones de ascetas: “Para nosotros nuestra patria está en los cielos” (Flp 3,20). “Sois ciudadanos de los Santos” (Ef 2,19). “Sí, pues resucitasteis con Cristo, buscad las cosas de arriba donde está Cristo... Porque estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 3. 1,3).

Única aspiración de Pablo, configurarse con Cristo. El Espíritu Santo enfoca su atención especial sobre el misterio de la Cruz que le ha merecido a él como a nosotros esa vocación. Su programa es el mismísimo del ermitaño: “Si ahora vivo en carne, vivo por la fe en Dios y en Cristo que me llamó y se entregó por mí” (Gal 2,20).

Nadie ha penetrado más a fondo el sentido de la Cruz. A la luz del misterio, el ex fariseo, tan versado en las ciencias de las Escrituras, se percató de que ignoraba la clave de las mismas y ahora les descubre un sentido nuevo, el único auténtico. Vuelve a leer la Biblia: es una inundación de claridad. Descifra el pentateuco a la luz del Sacerdocio de Cristo y al reflexionar sobre sí mismo y recordar sus pecados y su incorporación a Cristo arde de deseos de “llevar en su cuerpo las marcas de Jesús serán las marcas de Jesús” (Gal 6,17), de castigar su cuerpo y esclavizarlo “(1 Co 9,27), estar crucificado por Cristo” (Gal 2,19) “ y “no gloriarse uno en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo” (Gal 6,14). Desasido hasta en sus fibras más ondas de todo cuanto no es divino y que él mira como cosa despreciable (p. 32) (ut stercora) (Flp 3,8); verdugo de su carne, lucha, pero “no como quien azota el aire” (1 Cor 9,26); escrutador celoso de las escrituras (Flp 3,5), levantando a la cima de la contemplación (2 Cor 12,2); místico enamorado que suspira por ir a unirse con Cristo (Flp 1,23), ese era San Pablo, la figura gigante del anacoretismo.

Posiblemente el desierto lo hubiera retenido si Dios no le hubiese explícitamente llamado al apostolado, dándole por revelación el conocimiento del ministerio

de la salud en Cristo” (Ef 3,3), y encomendándolo la misión de anunciarlo (Ib 8,9). El Espíritu a su vez le infunde un aumento de caridad para con las almas que deben integrarse en el Cuerpo Místico de Cristo. Y deja la soledad espoleado por la ambición cósmica de “recapitular en Cristo todas las cosas (Ef 1,10), acuñada en la divisa “Es preciso que Él reine “(1 Cor 15,25).

Llamado al Yermo para la vida y para la muerte, no tienes que recorrer el mundo ni siquiera en imaginación para anunciar el Evangelio. Haz lo que hizo Pablo en el desierto. Es para ti más que un modelo, es tu guía, tu padre espiritual. Lee una y otra vez su Epístolas. Te ayudarán a hacer el inventario de la “soberana riqueza de la gracia de Dios, por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús” (Ef 2,7), Ya que a él, Pablo, le ha sido encomendado poner en claro la dispensación de la insondable riqueza de Cristo” (Ef 3, 8-9).

Lo que escasea en ti, sin duda, es el ardor en la caridad de Cristo. Reconoce la endebles de tu generosidad. Y, sin embargo, la única posibilidad que tienes de perseverar en un desierto que no te brinda ningún interés humano y se arma hasta los dientes con inclemencias agotadoras, es adherirte a Jesucristo. El apóstol te dice “En todas estas cosas triunfamos por el que nos amó” (Rom 8,37). No se ama al desierto por sí mismo, pronto se encarga de desmoralizar con su “cotidianidad”. Su gran valor espiritual consiste en desanudar las ligaduras que enredan nuestro corazón e impulsar nuestros deseos más allá que él y más arriba: hacia Dios. Con lazos nuevos nos vincula a Cristo, único compañero de nuestro viaje. El eremitorio no es morada estable. Vivimos en él, bajo la tienda de campaña del mundo para realizar en el mínimo de tiempo y el máximo de eficacia la mutación de fondo: “Despojarnos del hombre viejo y revestirnos del hombre nuevo” (Ef 4, 22,24), esto es Jesús (Rom 13,14).

Si al entrar en soledad traes otras esperanzas, te equivocas de camino y no tardarás en comprobarlo. Saulo se ofreció el Señor cual página en blanco, cual instrumento nuevo. Su vida no ha tomado el curso que él prefiera, más en nada le pesó, ni de lejos.

A ejemplo suyo y por idéntico motivo, nada te tiene que amedrentar. “Sé a quién me confié y estoy seguro de su poder para guardar mi depósito hasta aquel día, el de la muerte (p. 33) (2 Tim 1,12).

Nada importa que seas débil. Gloriarse de ser fuerte en los combates del Señor, lo puede solo quien se apoya en Jesucristo con todo su peso. “En él, si lo puedo todo”. Flp 4,13).

Ojalá puedas en las horas postrera pronunciar como tuyo y con total sinceridad y verdad el juicio de San Pablo sobre su vida: “He combatido el buen combate. He terminado la carrera. He guardado la fe. Y ahora, he aquí que me está reservado la corona de justicia que me dará el Señor aquel día, el Justo Juez y no solo a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su parusía”. (2 Tim 4,7).

6/ El desierto de la noche: el crisol del desierto.

Desierto.

Capítulo VI

5/ El desierto de la noche: el crisol del desierto

“Las tinieblas no son densas para ti y la noche está clara como el día”. (Sal 138,12)

Para el eremita la noche es el momento de la máxima cercanía de Dios. La noche da realce al desierto desmaterializando las cosas. Colores y contornos se desdibujan y todo se disuelve en una capa uniforme de sombra azulada en que se pierde la mirada: El ritmo del tiempo parece estar en suspenso; la inmovilidad ha revelado a la sucesión y trae el presentimiento de que la eternidad está en la puerta. Duerme la tierra, es el silencio “mayor”. El firmamento atrae la vista del que vela hacia “los astros que brillan en sus atalayas... Lucen alegres en honor de quien lo hizo” (Bar 3. 34,35).

En el umbral de su celda, pronto a responder a la campana de Maitines, el solitario escucha al salmista: “Los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal 18,1).

Es como si Dios lo estrechara por doquier cual si descansará en su regazo. Podría decir lo que el piloto americano: “Saqué la mano fuera y toqué el rostro de Dios”. La noche te será más querida que el día con más de Dios, ya que en ella no puedes hacer otra cosa que orar, y tus sentidos, liberados de la obsesión del detalle, dejando tu alma más disponible para la unión con Dios. Es la hora que prefieras Jesús para sus coloquios con su Padre (Lc 6,12) y la que han preferido los grandes espirituales: “Me levanto a medianoche para darte gracias por tu justos juicios” (Sal 118,62). “De noche me acuerdo de tu nombre ¡oh, Yahvé! (Ib 65). “Deseaste mi alma por la noche y mi espíritu te busca dentro de mi (Is 26,9).

Dios se complace en colmar los corazones atentos; la oscuridad protege contra testigos indiscretos. El Esposo llega imprevisto en plenas tinieblas (Mt 25,6). “Ábreme, hermana mía, amiga mía” (Can 5,2).

Si tienes el corazón limpio y el espíritu vigilante, para ti la noche brillará como el día, como el relicario precioso de los grandes memoriales de la “Gesta Dei” en la Humanidad. Exenta de formas creadas, se llena de reminiscencias que le confieren una solemnidad impresionante: la creación de la luz el primer día y la de los luminaires que seguimos admirando tales como (p. 36) salieron de las manos del Creador: la luna, las estrellas. Amparado en la noche, Dios habla con Abrahán para prometerle una posteridad de la que nacerá el Salvador y esa palabra alcanza en nosotros sus frutos. De noche se encarnaría el Verbo en María mientras oraba. “Un profundo silencio lo envolvía todo y en el preciso momento de la media noche tu Palabra omnipotente de los cielos de tu trono real... se lanzó en medio de la tierra (Sab 18. 14,15).

...De noche nacerá la liberación de los hebreos de la opresión de Egipto tipo de nuestra liberación espiritual fue de noche y Dios quiso ser que se conmemorará por siempre (Ex 22,42). La iglesia lo hace en la Vigilia Pascual, Jesús sufrió su agonía y fue detenido en la noche del jueves al Viernes Santo, y se murió a media tarde, una noche milagrosa envolvió el Calvario durante las tres horas del drama para que nada viniera distraer nuestra atención del sacrificio que nos salva. Y no olvides la más augusta de todas las noches, la que vio a Cristo saliendo vivo y glorioso del sepulcro.

Al ermitaño le es dado escuchar cada noche esas voces del silencio y recibir la gracia operante de tales misterios. En sus grandes líneas, la Sagrada Escritura le describe el caminar del amor de Dios hacia el anacoreta envuelto en la sombra amiga. El padre de Foucauld, en el Sahara bendecía sus insomnios porque le permitían esas contemplaciones. “Las dos de la madrugada ¡Que buenos sois, Dios mío, por haberme despertado! Más de seis horas aún para no hacer otra cosa que contemplaros, estar a vuestro pies y no decir sino esto: ¡os amo!”

Evoca estos ejemplos a dirigir tus pasos en la iglesia del eremitorio cruzando las tinieblas, hacia aquel que es el centro de toda la Historia y que te aguarda en el Sagrario. Nunca te pese dejar tu celda y entretenerme con Vos en el silencio de la noche, es dulce. Señor mío, estáis en ella como Dios, así como con vuestra gracia. Y con todo quedarme en la celda pensando estar delante del Santísimo Sacramento, es obrar como si María, cuando estabais en Betania, os dejase solo... para ir a pensar en vos, a solas en su habitación”..

La obediencia desconoce por ti, alegrarte de su elección. Sumido en las tinieblas está en el mundo y solo hay una antorcha: Jesucristo. “Yo soy la luz del mundo” (Jn 8,12). Es también la tuya: “El Verbo es la luz verdadera que alumbra a todo hombre (Jn 1.11). Pocos son los adoradores nocturnos. Era la hora preferida de Jesús, la tuya: “Él subía al monte a solas para orar” (Mt 14,23). Hoy ya no tiene que estar solo...

Más la noche tiene también sus errores, puede resultar un crisol. El desierto aprisiona al explorador. El ermitaño lo lleva dentro. Así igualmente la noche: está en ti, a manera de fermento para remover toda la masa de tu alma. No conoces a Jesucristo sino (p.37) por la fe. Pero la fe es para tu espíritu tinieblas no menos que luz. Esto te hará más dolorosa en el eremitorio, donde no podrás vivir sino de fe desnuda, sin cosa que distraiga de las pruebas que te impone, ni te ayude a pasar el tiempo de los silencios de Dios.

Tu vida desliza la mayor parte del tiempo, dañada en esta en esa “oscura claridad que cae de las estrellas”,

siendo así que estás hecho para la plena luz del día. Nada te importaría desdeñar la tierra y sus alegrías si Dios dejara traslucir su gloria o pulsara deitadamente las fibras de tu alma. Aun suponiendo que se te conceda algún contento sabroso, solo será de paso. Dios quiere ser creído bajo palabra, sin fianza ni contra prueba, y tu postura ante el mundo en la de testigos de la fe. La tuya debe estar pura de todas de toda aleación sin más punto de apoyo que la afirmación de Dios mismo. No tendrás aquí el aliciente de las grandes manifestaciones de piedad, ni el sostén de la predicación dada o recibida, ni el estímulo de la dirección de almas. El bien que hagas lo ignorarás totalmente. Las gracias de Dios, aún las más selectas vendrán tal vez despojadas de todo carácter experimental, y te verás reducido a “querer creer”. A caminar a tientas, entre gemidos sin comprender más nada.

“Cuando canto de la dicha del cielo, la eterna posesión de Dios - escribe Santa Teresita del Niño Jesús -, no siento la menor alegría, pues canto sencillamente lo que quiero creer”.

Has de portarte “como si” la luz guiará tus pasos profundizar tu fe, no compulsando libros, sino someténdote con humildad a esa sustracción de luces y poniendo hasta los últimos detalles de tu vida todo bajo el imperio de la fe

Nadie podrá echarte una mano vigorosa si no es Dios, Dios se esconde. No lo habrás percibido, pero nunca habrá sido tan estrecha tu adhesión a la soberana Verdad, ni tan valiosa tu oblación. Ni habrá estado Dios nunca más cercano: “Yahvé ha dicho que habitaría en la nube oscura” (1 Re 8,12).

Esa “noche oscura” tan martirizadora será cabalmente tu iluminación: conocerás a Dios con su propio conocimiento, sabrás de Él no lo que la criatura llega a balbucir, sino lo que Él mismo sabe de Sí y lo que le placer revelar. De todas formas, si Dios te arroja a ese crisol terrible, padecerás la cosa más tremenda que cabe para un ermitaño, que cree desplomarse bajo las ruinas de su ensueño.

Como Job, tendrás prisa porque despunte el día (Jb 17,12). En poco tiempo habrás hecho más actos heroicos de fe que otros en una larga vida. Eso, en el caso de que abrigues la esperanza, se enraíza en la fe. Vivirás sin sentirla. También de ella eres testigo. Y de ningún sitio no debes sacar más que te la promesa divina, no en absoluto de la seguridad de tus méritos de una vida buena. Tienes que llevar cincelada hasta la última gota desde esa confianza en ti mismo de que estás (p. 38) lleno. Dios permitirá por algún tiempo que no vislumbres ya el fin de esa noche horrorosa y creas, hagas lo que hagas, que estás destinado a las tinieblas eternas.

No es seguro que llegues ahí. Todo depende del grado de santidad al que te llama Dios, pero está tan dentro de la línea de una vida escatológica ser purificado a fondo en ese Purgatorio anticipado.

Invisible, en la sombra, el Espíritu Santo te sostendrá y tu alma angustiada no dejará de esperar contra toda esperanza, invenciblemente convencida de la fidelidad de Dios, en virtud de la cual en este mismo destierro te

ha “desposado” (Os 2,22). “Yahvé lo ha jurado, no sé desdecirá” (Sal 109,4). La infidelidad de tuya no acarrea la de Dios. Cuando vuelves a Él arrepentido, lo encuentras esperándote con todos los bienes que tenía pensando otorgarte. “Ea, pronto sacad el vestido más rico y ponédselo, y un anillo a su mano y sandalias a sus pies” (Lc 15,22).

Todo eso lo sabes de muy atrás, en este momento de prueba, el Corazón del Padre, abierto a todos, te parece cerrados para ti. Pese a todo, tu alma “espera a Yahvé” (Sal 32,20). En tu desolación no cesarás de repetir: “En ti todo el día espero a causa de tu bondad. Yahvé. Acuérdate de tu ternura, Yahvé de tu amor, pues son eternos” (Sal 24. 5,6). Pensarás que lo dices con la punta de los labios, por cumplimiento, cuando antes te arrancaría la piel que hacerte dudar de la palabra de Dios. Pero la noche no se oculta el horizonte de luz. Siguieras tu camino con tu mano temblorosa cogida de la de tu padre del cielo. “Le así, ya no le soltaré” (Can 3,4).

¡Oh! Qué difícil es creer en el amor de Dios cuando el cielo parece acorrajado, y te abruma el sentimiento de que nada debes esperar de él. Lo has dejado todo con el fin de vivir en la intimidad de Dios. Dios finge no dignarse dirigirte una mirada, y se te hace tan lejano que dudas de si te amara Aquel que, a despecho de todo, es tu único amor. Nada oprime tanto como un amor ignorado desdeñado. Con el corazón lacerado te quejaras al Señor de haberte engañado al prometerte su privanza, siendo así que te trata en esclavo. Si te haría inconsolable esa frialdad de Dios si no supieras que Él te ha amado el primero. De lo contrario te sería indiferente (1 Jn 4,10).

Lo que Él quiere es que le ames como merece serlo, por sí mismo, por su amabilidad transcendente y no por primer lugar por su bondad para contigo. Deberías amarlo aunque nada de reportarse, porque es el Bien sustancial. Sé ante los hombres testigo de que Dios es digno de ser amado así de desinteresadamente.

El desierto con su aridez, la noche con su anonadamiento de las formas, hablan menos de la munificencia de Dios y de su transcendente perfección. No basta que lo sepas por la metafísica. Debes experimentarlo y ofrendar al Amor ese homenaje en gratuito. Si (p. 39) la prueba durase demasiado podrías periclitar. La humildad te salvará. Acepta el no saborear el Amor de Dios, por lo mucho que has gustado el de la criatura y el andar en las tinieblas sin siquiera sentir la mano paternal que te lleva sin tú saberlo. Guíate por su voz no cesa de razonar en la Escritura: “Dios es amor, el que permanece en el amor, en Dios permanece y Dios permanece en él” (1 Jn 4,16).

Ejecuta todo lo que manda el amor. Podrás, como Job. discutir. “Puede matarme, solo me queda la esperanza de defender ante Él mi conducta” (Job 13,15). Y sobre todo tente por indigno del menos favor de Dios: Padre, no merezco que me llames hijo, trátame como a un jornalero” (Lc 15,19). Entonces no te sentirás chasqueado si te toca avanzar por la vía común.

No vuelvas atrás. No lo achagues ni al medio ambiente, ni al marco de vida: la noche está en ti, y obedece a Dios. Podrás ser estéril para los hombres

cuya actividad suspende; es siempre fecunda en las manos del Creador. Antes que la luz, eran las tinieblas: de ellas hizo Dios brotar la claridad del día. “Cuando es hermoso creer en la luz es de noche” dice Platón. El Señor espera de ti esa fe, no te zafes. Aquel que te ama se oculta en esa oscuridad y te da cita en su misterio. “Alzad vuestras manos al Santuario y bendecid a Yahvé por la noche (Sal 133,3).



Noticias. Comunicación.

Marcha por el territorio y la dignidad en Bolivia.

Extraemos de un diario de Mikaela, hermanita del Sagrado Corazón, la descripción de un acontecimiento que ha conmovido al país: "Grupos de indígenas, hasta ahora ignorados, olvidados, marginados del Estado boliviano, incluso desconocidos para las otras etnias más numerosas que comparten la misma suerte, han iniciado una marcha de reconstrucción de su dignidad, de sus derechos, de su sitio en la sociedad boliviana.

Es la primera vez que se unen las etnias de la selva virgen para pedir al gobierno que responda a sus justas peticiones. Las tierras que son suyas desde siempre son la codicia de las empresas forestales que cortan los árboles sin piedad o los cultivadores a grande escala que se apropian indebidamente, dejando a las poblaciones sin la posibilidad de vivir su vida específica.

Iniciaron la marcha en Trinidad (Beni): hombres, mujeres y niños, hasta llegar a La Paz, después de recorrer 650 km. Han sufrido hambre, frío y fatiga, pero siempre han guardado la alegría y la esperanza, pues sabían que Dios estaba con ellos. Con esta marcha hemos conseguido que nos respeten. Se sentían animados por la acogida que eres sevellano en los pueblecitos, tenían el apoyo de los médicos, abogados y de la Iglesia, consiguiendo que el gobierno los escuche.

Los caminantes que venían de zonas tropicales tuvieron que afrontar el frío de las grandes altitudes y los problemas de tener que subir hasta 4.600 m de altitud, pues a las personas no habituadas les faltaba el oxígeno. En la cima, unos pocos días antes de llegar a La Paz se han encontrado las etnias andinas y del Oriente: "Somos un mismo pueblo" decían agitando las banderas.

Los dirigentes Aymaras y Quechuas ser juntaron para acoger a los del Amazonas en las alturas de la Cordillera, por primera vez en la historia de Bolivia, se estableció una alianza con un ritual aymara que data de antes de la conquista española.

Los sacerdotes del Consejo Supremo Aymara degollaron un llama y marcaron en la frente a sus hermanos amazonienses para darle suerte y fuerza. Comieron la carne del animal y enterraron sus huesos y las vísceras en ofrenda a la Pachamama (Madre Tierra). Esta alianza, esta unión, servirá para luchar conjuntamente los indígenas, que siguen sometidos desde que los españoles, hace 500 años, colonizaron América. Uno del Oriente y sobre marcar esto este sacrificio y la aspersión recordaban el sacrificio pascual del Exodo”.

Situación actual de los hermanos del Evangelio.

La Fraternidad Central de los hermanos del Evangelio, situada en Bruselas y formado por Giorgio Gonella (italiano), Chema García (mejicano) y Paul André Goffart (belga) desde el capítulo de 91, nos dan a conocer la situación de las Fraternidades y algunas reflexiones para favorecer la vida de las mismas. Desde su nacimiento en 1955 se han desarrollado a un ritmo más o menos regular, llegando a una cifra aproximadamente estable desde algunos años. Actualmente son 90 hermanos sin contar los novicios y postulantes. Hermanos de 19 nacionalidades diferentes, repartidos en 35 Fraternidades, (de esas):

- 8 Fraternidades en África (Camerún, Centro África, Botsuana, Argelia, Tanzania).
- 11 Fraternidades en América Latina (Bolivia, Brasil, Colombia, México, Nicaragua, Venezuela).
- 1 Fraternidad en U.S.A. (Nueva York).
- 1 en India (Bombay).
- 1 en Japón (Wakayoma).
- 1 una en Irán (Ourmieh).

Podéis daros cuenta, pues, de la riqueza que representan todos estos hermanos de nacionalidades diferentes que dan a la Fraternidad su carácter universal, como quería el hermano Carlos de Foucauld. Esta diversidad de naciones y de culturas nos enriquece mucho a todos. Puede ser esto un signo de unidad y de comunión en medio de un mundo a menudo dividido.

“La marcha de algunos hermanos durante estos últimos años, debido a orientaciones diferentes, ha sido compensada por otros que han llegado nuevos. Distintas fraternidades tienen como finalidad principal la acogida de jóvenes: Spello en Italia, no lejos de Asís, para Europa, Puebla en México, para América Latina, y finalmente Chalinze en Tanzania para África. No obstante, cada una de las Fraternidades ha que tener la disposición de acogida y escucha de los jóvenes que llegan para intentar dar una respuesta.

Hemos reconocido que **muchos de nuestros problemas son debidos a nuestra fragilidad y en nuestra dispersión** habrá que favorecer, pues, el reagrupamiento de ciertas fraternidades. Por otro lado, el capítulo declaró “que todo proyecto de fundación de una nueva fraternidad tiene que ser pensando en función de cuatros hermanos si es posible, con miras a favorecer la comunión entre los hermanos la acogida de los jóvenes y finalmente, la perseverancia en la inserción y compromiso al servicio del medio escogido “.

Testimonio de una hermanita de Jesús de 87 años.

Durante el mes de septiembre de 1991 se reunieron en Roma 50 hermanitas para reflexionar sobre la manera de envejecer. He aquí, resumido, el testimonio de una de ellas:

“La vejez es un tiempo maravilloso. En este momento comienza un periodo importante para realizar activamente todo lo que hemos recibido a lo largo de la vida...Anteriormente, no tenía mucho tiempo, estaba muy ocupada. Cuando era joven pensaba: debo aprender a transformar mi corazón, a vivir la caridad, pero tenía todavía una mañana para realizarlo, tenía tiempo. Ahora soy vieja, no puedo decir más mañana. Debo vivir esto ahora. Hay que aprovechar ese tiempo para poner en práctica el Evangelio. La vejez es única para esto... Si no puedo caminar sola, debo encontrar a la alegría en esto, pues el Evangelio nos dice “estad alegres”. Si hay tiempos vacíos, podría caer en la depresión, pero en realidad, la vejez es un periodo de alegría, como antes del nacimiento, es un tiempo precioso.

El mundo invisible existe realmente y en la vejez es el momento de comprender más claramente la plenitud y la unidad de lo visible y de lo invisible. Que las hermanitas sepan que este tiempo es muy útil e importante. Hay que prepararse cuando todavía se es joven, es mejor”.

El “Pentecostés” de Sodalidad.

El coordinador general de Sodalidad, Jean François Six, en la reunión durante la semana de Pascua 92 y que tuvo lugar en Roma, de todos los grupos nacidos de Carlos de Foucauld que forman “la familia”, expresó que Sodalidad está viviendo su Pentecostés y esto es motivo de alegría, recordando su vocación:

“Los otros grupos nacidos del padre Foucauld son fraternidades, nosotros nos emparentamos en cierta medida a los ermitaños como Foucauld que vivió solo en el desierto, en medio de las poblaciones saharianas, somos una “comunión” en diáspora (hay hermanos y hermanas de 52 naciones); y rezando por los miembros de su realidad recordaba el pasaje de la primera carta de San Pedro en el que habla de la comunidad expandida a través del mundo,

viendo a todos estos hermanos; ellos cuentan los unos con los otros, cuentan con la Comunión de los Santos en la medida de su “dispersión”.

¿Cómo significar estructuralmente nuestra vocación? He reflexionado mucho, pues cuando Luis Massignon, ahora hará 30 años, me encargó Sodalidad que había recibido de Carlos de Foucauld, entonces no había más miembros que en el momento de la muerte del padre Foucauld. Hoy somos 710 personas.. Tenemos nuestros estatutos, muy preciosos, que nos guardan; hemos sido reconocido como “Asociación privada de fieles” por la iglesia y esto es lo esencial.

Pero ¿Cómo hacer para vivir la extensión que conocemos después de la muerte de Luis Massignon que murió el 31 de octubre de 1962, y hacerlo desde una profunda fidelidad al espíritu del DIRECTORIO? He pensado que hacía falta que Sodalidad, para estar al servicio de todos aquellos y aquellas que se dirigen a ella, debía establecerse en “colegialidad”; - que para cada lengua haya un coordinador delegado, que puede ser, según nuestros estatutos, un sacerdote, un laico, una laica, un religioso, una religiosa...; - que para cada lengua exista, como garante de la tarea del coordinador delegado, un obispo.

Después de la muerte de Mons. De Provençères, quien aprobó Sodalidad, es Mons. Derouet, obispo de Arras, quien ha aprobado los estatutos de 1986, según el nuevo derecho canónico y nos ha constituido. Es él quién es el primer obispo de Sodalidad, pero será acompañado por los diferentes obispos de las distintas lenguas, en “colegialidad”. Del mismo modo que el coordinador general será acompañado por los coordinadores delegados, en una misma “colegialidad”

Esto nos permite, en el carisma de Carlos de Foucauld que quería ser “hermano universal”, de admitir todas las lenguas, de responder a cada uno dentro de su lengua, y esto, dentro de la unidad de un mismo Espíritu, dejando a cada uno su inventiva personal de vivir la Sodalidad allí donde nos encontramos, unidos, en comunión con todos los hermanos y hermanas. Mons Derouet ha aprobado esta estructura colegial en Pentecostés. Esta, ya, ha comenzado y se irá poniendo poco a poco en práctica. Pido que me ayudéis, en la oración, para realizar con el Espíritu una Ayuda tal como Él la quiere”.

Carta del equipo parroquial de “La Garnacha”.

México, D.F., 29 de mayo de 1992.

A los hermanos y hermanas de las CEBS

¡Gracia y paz en Cristo Jesús Señor y hermano mayor!

Por muchos años, Dios nos otorgó el regalo de la presencia de ustedes en nuestra sufrida tierra, en medio de las luchas diarias para sobrevivir, el calor humano, (p.45) la fe y la fuerza de la esperanza que cada uno de los que venían dejaba en nosotros; confianza en el caminar y el sabor tierno de sabernos acompañados.

Hoy nuestra Nicaragua no es la misma, es cierto, lejos estamos de aquella alegría y euforia que nos hacía sonreír, aun muriendo. Estamos lejos de tener un solo puño puesto que el mismo horizonte, lejos de la tranquilidad y la paz (aún en medio de la guerra) que nos asegura la certeza en entregar la vida por una causa digna. En términos generales vivimos bajo el peso atroz de un desempleo de más del 50 %, inmerso en una descomposición social nunca pensada, atormentados con una ola de crímenes, robos, violaciones, etc...

Sí, hermanos la maleza amenaza ahogar el trigo. Pero el trigo está, la semilla perdura, la testarudez de nuestra esperanza vive, porque viene de la fe y los milagros de Dios en Nicaragua se siguen forjando en la vida del pueblo. Nuestra iglesia parroquial de San Nicolás ha querido este año de 1992, acompañar el segundo Concilio Provincial de Nicaragua y conmemorar los 500 años de este encuentro desigual de culturas, poniendo todo nuestro esfuerzo en un Año Misionero. Y en el mes de marzo iniciamos este caminar con el envío de 70 misioneros 17 centros de Misión para tener una primera semana de anuncio del Kerigma, escuchando y animando a cada uno de la comunidad. Luego de este primer compartir, las comunidades se dividieron en pequeños grupos de reflexión y oración, para terminar esa primera etapa con otro envío en los primeros días de julio. Ahora estamos en una segunda fase de sostenimiento que culminará en el tercer envío del 29 de noviembre al 6 de diciembre.

Nosotros queremos abrirles las puertas de nuestros corazones y la puerta de nuestra Parroquia Misionera para que ustedes nos acompañen en este tercer envío, queremos tener entre nosotros seglares consagrados, sacerdotes, religiosos y religiosas, que una vez más vengan a decirnos que esta semilla de vida que ha sido plantada cuenta con manos llenas de solidaridad con campesina para sostenerse.

La estadía y el material corren de parte de la parroquia. Posterior a esta experiencia misionera los que deseen, pueden acompañarla con una experiencia de trabajo en la Cooperativa donde trabajamos los hermanos o en alguna de las familias en nuestro municipio. De manera especial quisiéramos animar a las comunidades religiosas presentes en Nicaragua para hacer un esfuerzo generoso por acompañarnos.

Unidos en el vínculo de la caridad de Dios, de Jesucristo y en la fuerza del Espíritu Santo, Señor de la Historia. Párroco de San Nicolás, en unión con todo el equipo parroquial.

Hermanas Guadalupanas de Cristo Rey - Hermanos del Evangelio de Ch de Foucauld.

Fraternidades del Hermano Carlos de Jesús en España

FRATERNIDAD SECULAR "CARLOS DE FOUCAULD"

Equipo responsable coordinado por:
M^{ra} Rosa Elías Aguilera - C/ Córcega, 404, 3^{er} - 2^o
Teléfono (93) 4574559 - 08037 BARCELONA

FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD (Asociación de Fieles: laicos con celibato)

Región Centro-Sur: M^{ra} Angeles Manterola, Parcela 76, pta. 8, 1^{er}

Teléfono (958) 152860 - 18011 GRANADA

Región de Cataluña: Pilar España, Maladeta 19-21, 3^{er}-4^{er}

Teléfono (93) 3495890. 08016 BARCELONA

FRATERNIDAD IESUS CARITAS (Instituto Secular Femenino)

Responsable: Ana M^{ra} Cortadella, Sant Llorenç, 40, 1^{er}
Teléfono: (93) 6850229. 08980 SAN FELIÚ DE LLOBREGAT (Barcelona)

FRATERNIDAD SACERDOTAL "JESUS CARITAS"

Responsable: Ión Etxezarreta Zubizarreta
Parroquia Sagrado Corazón, Teléfono (943) 625705
20300 BEHOVIA (Guipúzcoa)

COMUNIDAD DE JESUS (laicos con opción de celibato)

Responsable: Ramón M. Gira, C/ Joan Blanques, 10, 1
08012 BARCELONA. Teléfono (93) 2134110

FRATERNIDADES DE BETANIA

Fraternidad General, C/ Trafalgar, 70, 1-1
08010 BARCELONA. Teléfono (93) 2682368

HERMANITAS DE JESUS

C/ Cristo de la Victoria, Blo. 153, 2^a - Izda. Teléfono (91) 4750089 - 28026 MADRID

HERMANOS DE JESUS

C/ Horro, 15. Teléfono (976) 163040 - 50163 FARLETE (Zaragoza)

HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZON

C/ Derechos Humanos, 7. Teléfono (927) 459038
10680 MALPARTIDA DE PLASENCIA (Cáceres)

HERMANITAS DEL EVANGELIO

Plaza Benicarló, 9. 2^a B^a La Coma - Teléfono (96) 3631752 - 46080 PATERNA (Valencia)

HERMANOS DEL EVANGELIO

C/ Don Quijote, 5. Teléfono (951) 322743 - 04740 ROQUETAS DE MAR (Almería)

SODALIDAD CARLOS DE FOUCAULD (para vivir sin Fraternidad)

Información: José Luis Vázquez Borau
Paseo Fabra i Puig, 474, 2-3. Teléfono (93) 4274616 - 08031 BARCELONA

FRATERNIDAD DE EMAÜS

C/ Calvario, s/n. Teléfono (964) 61 21 74 - 12232 TORRECHIVA (Castellón)

UN LIBRO, UN AMIGO

Carlo Carretto

Tu amor me arrastra

Cartas a Dulcidia
(1954-1983)

"TU AMOR ARRASTRA"

Cartas a Dulcidia (1954-1983)

Carlo Carretto

Ediciones Paulinas - MADRID

A finales de 1990 publicamos una pequeña antología de los escritos de Carlo Carretto. Fue un Boletín muy bien acogido por nuestros lectores.

Era un pequeño homenaje, con motivo de la muerte de este infatigable Hermano del Evangelio que en Spello acompañó espiritualmente a tantos y tantos cristianos de Europa y de América.

Una de sus tareas principales fue la de escribir. En aquel Boletín ofrecimos su extensa bibliografía. Pero su actividad de escritor no ha terminado con su muerte. Y al último libro escrito por él -Carlos venía durante muchos años escribiendo algún libro que creía iba a ser el último-

está siguiendo ahora la publicación de otros escritos que existen de él.

En este primer libro se recogen las cartas escritas a su hermana Dulcidia, religiosa salesiana, desde 1954 hasta el año 1983, en que ella murió. Su lectura se hace muy interesante porque, con la espontaneidad que permite una carta íntima, Carlo Carretto va descubriéndonos el proceso espiritual que fue viviendo desde su entrada en el noviciado hasta bien entrado en la vida religiosa.

Uno a uno va descubriendo los diversos elementos del nuevo camino por donde Jesús lo introdujo. El desierto, la oración contemplativa, la vida religiosa, la obediencia, la verdadera libertad, la pobreza, la preocupación por el hermano olvidado y sobre todo la pequeñez van siendo las sorpresas descubiertas día a día y sobre las que con toda espontaneidad va hablando a su hermana. "Simplificar las cosas, reducirlas a lo esencial, eliminar las superestructuras (¿cuántas tenemos!), llegar a la infancia espiritual. Eso es todo." "Y esto, a través de la búsqueda de una persona más que de una idea: Jesús".

Carlo Carretto fue un enamorado de Jesús que se abrazó con gusto a la misión evangelizadora vivida desde la más sincera contemplación. Y es en esa doble dirección que estimula la lectura de sus cartas.

Agradecemos a los amigos de la Abadía de Sassovivo, en Foligno (Perusa), el regalo que acaban de hacernos y esperamos los nuevos escritos de Carretto que ellos siguen preparando.